



DIARIO DEL CORONAVIRUS

Juanjo Ávila García

DIARIO DEL CORONAVIRUS



Primera edición: octubre de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juanjo Ávila García

© Fotografía portada: María del Carmen García González

ISBN: 978-84-18544-22-4

ISBN digital: 978-84-18544-23-1

Depósito legal: M-26098-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A todas las víctimas
de la Covid-19 en el mundo*

Terrible peste Londres asoló
En mil seiscientos sesenta y cinco;
Cien mil almas se llevó,
¡Pero yo sobreviví!

DANIEL DEFOE
Diario del Año de la Peste

DOMINGO, QUINCE DE MARZO:

ALARMA

Como parientes solícitos, los muebles del salón me observan con preocupación mientras escribo a las 06:00 de la mañana. A mis dedos, las teclas del ordenador se deslizan con un rumor de lluvia fina. Granada duerme en paz. Pero tiene una pesadilla. Y su paz es la paz de la muerte, la parálisis de la muerte. A lo largo de todo el día de ayer esta paz recorrió las calles como un cortejo de tinieblas. Granada se ha convertido en un cementerio de doscientos mil enterrados vivos que yerguen sus cabezas como lirios en los nichos de las ventanas, en los mausoleos de los balcones. Peinando los tejados con las almenas de sus torres, la Alhambra intenta consolar la congoja de Granada. Las fuentes del Generalife lloran lágrimas de sangre.

No volveré a criticar a los granadinos. Antes lo he hecho por granadino, no hay nada más granadino que criticar a los granadinos. Después de tanto renegar de Granada por molesta, humosa, sucia de rutina y bulliciosa, sobre todo por bulliciosa, ya la estoy echando de menos. Me ha hecho cambiar el sabor tan amargo de esta Granada desangrada.

Dejo de escribir para leer un correo electrónico que se acaba de alojar en mi buzón. Atónito, compruebo que en el cuerpo del mensaje solo consta una x, sin más explicación. Ignoro quién puede ser el remitente. Proviene de una dirección que me es desconocida. ¿A quién puede habersele ocurrido escribirme a estas horas, para

colmo una x? Parece que con ella el emisor ha querido resaltar en el texto la anonimidad de su firma. Pero supongo que se tratará de un error o una broma, no lo tomo por amenaza; no tengo enemigos, tampoco buenos amigos.

Retomo el diario, algo descentrado. Se me hará raro no recurrir a los artificios de la ficción, no tendré que inventar nada; los hechos ya parecen basados en la distopía de una ciencia ficción. Para mí no supone un cambio encerrarme bajo siete llaves, prisionero de mí mismo, para escribir. Pero no podré renovar mis lecturas en la biblioteca, habrá que desempolvar viejos clásicos. Por otra parte, dispongo de innumerables películas para poblar con sus tramas el tapiz de sombras. Me guardaré en casa, pues, sin apuro.

Por suerte he amaestrado las furias de una ansiedad que tanto me importunara meses atrás. He de cancelar, por motivos obvios, la cita del lunes con el psiquiatra. Sería, supongo, la última. No sé cómo ha podido ayudarme alguien tan excéntrico como él, parece contagiado de las mismas neurosis que trata. Cuando me recibe, simula los efectos de un ataque de ansiedad. Ya no asistiré a sus extravagancias, quizás las imposta como terapia humorística.

Aunque ya no podemos dar nuestro paseo cotidiano, mi madre, que vive a la vuelta de la esquina, no quiere renunciar a visitarme. No confía en que pueda arreglármelas solo. Intentaré convencerla de que no venga. Pero su compañía es regeneradora como la brisa; su conversación, el rumor de una caracola, la gramola de las olas. Al menos, cuando renuncia a su vena sarcástica. En tales casos, su ingenio se afina en un sable que con su filo de escarnio esgrime contra propios y extraños. Yo el primero.

Conforme escribo, aunque es domingo, la ciudad debería estar desperezándose como un gato que ronronea, rumoreando a la luz del día, y, sin embargo, un silencio transparente recorre las calles como un profeta al que hubieran cortado la lengua.

Me he asomado al ventanal y he visto, sobre la barandilla de la terraza, una extraña paloma. Lucía el cuello erguido, la cola plegada, el pelaje azul claro con tonos esmeralda en el cuello. No se ha

movido. ¿Será el típico pajarillo consuelo del prisionero, el amigo de su soledad? En la acera de enfrente, un joven de traje negro merodeaba como un ladrón arriba y abajo. Elegante y rígido, serio, el cabello moreno repeinado hacia atrás, se desplazaba con movimientos de autómeta. He creído escuchar los chasquidos de sus piezas. Lucía un rostro pálido y atractivo, de ojos oscuros, nariz de halcón y finos labios. Su presencia, furtiva y esquiva al amanecer, me ha extrañado. Sin perro y con todos los comercios cerrados, ¿qué hacía a estas horas en la calle? Parecía esperar a alguien. Ha escupido en la esquina. De vez en cuando miraba el reloj con expresión ávida, mordiéndose el labio inferior con unos dientes de lobo. Luego, se ha dirigido a un maduro barrendero que arrastraba su carrito en frente y, sin mediar palabra, le ha tocado un antebrazo, después, la mano, con un gesto de consuelo o complicidad. El operario ha parecido recibir una descarga eléctrica, pero tras mirarlo con asombro ha seguido su camino. Lo habrá tomado por reconocimiento a su ininterrumpida labor. Hasta que el joven no ha desaparecido calle arriba, a sus robóticos pasos, no he vuelto a la mesa. Ese chico me ha parecido la personificación del silencio. También el *mail* que he recibido contenía silencio. Ojalá pronto podamos llenarlo de palabras, de risas, de música.

LUNES, DIECISÉIS DE MARZO:

LLUVIA

Vuelvo a sorprender a los muebles con mi presencia de madrugada en el salón. Escribo clausurado en la crisálida de una soledad concéntrica a la soledad, mi soledad habitual dentro de la soledad colectiva del confinamiento. La mesa de caoba se queja al impulso de mis pulsaciones en el teclado, oscila como a las señales de un espíritu invocado en una sesión de espiritismo, al escribir como un médium soy poseído por una voz desconocida. Mientras aguardo a que me ilumine el fulgor de las palabras, parezco otro mueble, inerte, paciente, impregnado aún de las telarañas de una pesadilla. Acabo de despertar de ella, me ha hecho desquiciar las sábanas durante el sueño. Quizás no me he deshecho de ella porque me he venido a escribir directamente de la cama, sin ducharme.

En la pesadilla había contraído el coronavirus y, despavorido, me dirigía a una farmacia a comprar paracetamol. Mi sombra se dislocaba por los muros. Convulsionado por una tos visceral y las cuchillas de la fiebre, con una vegetación enmarañada en los pulmones, entumecido de dolor, escuchaba mis pasos enfermos a través de las calles desiertas. Era de noche, o más bien al amanecer, a esa hora incierta en que despunta la espada del alba. Llevaba colgada del cuello una campanilla de plata, al estilo de los apestados de la Edad Media, que tintineaba al aire. No llegaba a mi destino, caminaba sin avanzar, como se camina en los sueños, la calle se extendía infinita y parecía que, como una cinta transportadora, era

la calle la que me recorría a mí, la que pasaba sobre mi tumba inscribiéndola, como un epitafio, con las huellas de los transeúntes sobre mi cuerpo. Al llegar, al fin, a la farmacia vi con asombro que una multitud se arracimaba a la puerta, sin guardar la distancia de seguridad se agolpaban intentando entrar y comprobé con horror que todos llevaban la campanilla en el cuello. Cuando entre ellos reconocí a mi madre, desperté bañado en miedo.

Mi pesadilla ha constituido la distorsión de una teoría que anoche, por la radio, ya en la cama, escuché enunciar a un virólogo. Al parecer, una gran mayoría acabará infectada del coronavirus, el confinamiento solo retrasará el contagio. Así, la población quedará inmunizada. Sin embargo, pensé, doblando con desesperación la almohada, el drama gravita sobre aquellos que, debilitados por la edad o alguna otra patología, no sobrevivan a la enfermedad. Y mi madre ha alcanzado ya cierta edad y está aquejada de problemas asmáticos. Yo mismo, como autotrasplantado de médula, pertenezco al grupo de riesgo.

Ayer, en una orgía macabra, se multiplicó el número de víctimas. También lo escuché en la radio, almorzando, a punto de atragantarme. Por los hospitales se pasea la muerte como una dama de luto que a las víctimas les recuerda a su primer amor. Así que el miedo se sienta a mi lado, mientras escribo, como un invitado silencioso e incómodo, muy parecido al individuo de negro que vi en la calle, se instala en la mesa y me transmite un frío helador que me hace tiritar.

De todos modos, el miedo, amigo prudente, solo me visita en horas puntuales. Con la hipnosis de la ficción, el tiempo va transcurriendo con sus pasos sigilosos y rápidos, como los de un conspirador a favor de la libertad por los pasillos de palacio. Y es que, aunque acabe de comenzar, la cuarentena discurrirá deprisa.

Ayer, durante todo el día, resonó un silencio de campanas y pájaros, un silencio enlutado, y, como un enamorado en la distancia, quedé nostálgico del ruido, de la respiración de la ciudad, yo, que tanto me quejaba de la batahola de las calles. No vino mi

madre. Le escribí un correo al psiquiatra, excusando mi ausencia y agradeciéndole una curación que di por definitiva. Me respondió, fulminante: debía acudir sin excusa a la cita; no cesaría su actividad. Sospeché que no se resignaba a perder mi dinero, pero decidí hacerle caso; en el fondo, me divertía su estrambótica conducta.

Poco después me encontré con la sorpresa de ver la misma paloma, su plumaje era inconfundible. Salí a la terraza y no se inmutó. Para mi asombro, descubrí que tenía un tubito anular en la pata derecha: era una paloma mensajera. Intrigado, se lo desprendí sin dificultad. Contenía una nota enrollada. Manuscrita con mayúsculas decía: «Mi padre está enfermo. Ten piedad de él, Juanjo, no te lo lleves. Dame tu teléfono o correo. Necesito contactar a diario contigo». Firmaba David, mi amigo, decía, de la infancia. Sorprendido por aquello, no dejé de recordar al tal David. Era más bien mi enemigo David, un abusador que me perseguía y torturaba a los nueve años, cuando aún vivíamos en las afueras. Se dedicaba a atizarme, robarme mis escasas monedas, destrozármelo todo, humillarme por todos los medios que inventaba. Me esperaba a la salida de clase para empezar su tratamiento. Bebía con fruición mis lágrimas. Dañarme era su pasatiempo favorito, junto con la cría de palomas. Mi debilidad nada podía contra su robusta violencia. Desde que nos mudamos, pocos meses después, solo me lo había cruzado, fugazmente un par de veces, de jóvenes. Varios años mayor que yo, ya frisaría la cincuentena. ¿Cómo sabía mi dirección? Debió reconocerme y seguirme por la calle. Había incluso amaestrado a una paloma para llegar hasta aquí. Tuvo que hacerlo desde la terraza comunitaria, adyacente a la mía, en la tercera planta del edificio, solo tengo un pequeño sobreático encima. Forzar la cerradura y venir a entrenar a la paloma denotaban una obstinación sospechosa. Su sadismo ya era una forma de locura, pero ahora esta parecía exacerbada. Decidí, pese a todo, contestarle por cortesía, sin aludir al extraño sentido de su mensaje ni facilitarle mis direcciones, en el reverso de su nota. Por supuesto que no deseaba mantener ningún tipo de relación, y mucho menos diaria, con él. Me limité a desearle

a su padre una pronta recuperación. Inserté la nota en el tubito, lo adapté a la pata del ave y echó a volar.

A media tarde cayó una lluvia plúmbea, mugrienta, una lluvia carcelaria, de manicomio, que impuso su tristeza a la piel de los muros y de las aceras, y les arrancó jirones de tedio. A mí mismo me afectó, inspirándome su tristeza. Un único automóvil pasó rodando en ráfagas húmedas sobre las lagunas de la calzada. Al final de la tarde comprobé que había recibido un segundo *mail* misterioso. Procedente del mismo remitente ignoto, rezaba, también, una x , pero multiplicada por siete. No había sido ningún error. Seguía descartando que se tratara de una amenaza. Me incliné por la posibilidad de la broma; alguno de mis escasos amigos sería el culpable, aunque ya casi ni nos llamamos. Prácticamente he roto con ellos por aburrimiento y desafecto, solo son cómplices de unas cuantas noches alcohólicas; el hecho de que me perturbaran con los *mails* confirmó mi desapego. ¿Cómo podían tener ganas de guasa estos días? Sin embargo, algo en mi interior se inclinaba por otra explicación, de momento demasiado nebulosa para enunciarla; se encontraba latente, muy arraigada en mi inconsciente como para que aflorara. Quizás lo impedía el aplanamiento de mi ánimo.

Por la radio, las noticias seguían siendo alarmantes. Coronavirus aparte, hubo espacio para repasar las dictaduras que aún sojuzgan muchos países. Luego, volvieron a la estadística de víctimas. La muerte es un dictador que en el cuartel rompe una yema mientras una niña llora en el arrabal del frío.

En tanto contemplaba la lluvia, vi como de un extremo de la calle surgía la figura afinada del mismo joven de negro. Tenía aire de forastero. Su presencia me incomodaba y, al parecer, iba a tener que soportarla con asiduidad. Se detuvo junto al kebab con la actitud de haber llegado puntual a su cita. No le importaba mojarse, despreciando la cornisa, cernía su cuerpo sobre la acera húmeda. Llamó su atención una anciana alta, de verde, que sin paraguas surgió de la esquina cargada de bolsas. Se encaminó hacia ella e hizo ademán de aliviarle el peso, pero ella, alarmada, aceleró para

evitar el contacto. Él no se resignó, insistió y, al inclinarse, estoy seguro de que le tocó una mano antes de que ella por fin se alejara presurosa. Luego él se dirigió a la esquina, acaso esperaba a alguien más. Miró el reloj. No podía desviar mi atención de él, me fascinaba su aspecto tétrico. Extrajo un cigarrillo del bolsillo y lo prendió. Fumó a largas bocanadas, entreteniendo la espera. Su aparición me había inquietado y no podía dejar de mirarlo. Y reparando en su paciencia furiosa, en la hermosa astucia de sus ojos, en su impasibilidad despectiva, supe que aquel joven era invencible, sí, con su palidez de cera, con su figura descarnada, con su soledad fiera, aquel tipo era invulnerable. Y rondaba por el barrio al acecho de los vecinos. Cuando levantó la vista hacia mi ventana, el aire se oscureció y me sentí caer por ella al vacío. Esta vez no esperé a que se fuera para separarme del ventanal.

